

abrirá jamás, y vamos á recoger, á la manera que se reproducen los objetos en un espejo convexo, los rasgos prominentes esparcidos en este libro, y que pintan cuál era el hombre durante el período de 1851 á 1860, en su sentimiento moral y político.

Es, por desgracia de la humanidad, una verdad tan dolorosa, como lógica en todas sus consecuencias, la de que cuanto las facultades del hombre se desarrollan en sentimiento y poesía, tanto pierden en energía y vigor. La gran ley de las unidades, que siempre hemos tenido por paradójica tratándose del hombre y de la vida real, llega á ser una falsedad manifiesta, cuando se trata de aplicarla á los hombres á quienes el sentimiento domina. No hay que buscar en ellos unidad de carácter, ni consecuencia entre la convicción y la acción: sucede las mas veces, que odiamos mas en los otros, y ménos en los otros apreciamos, lo que constituye nuestros propios defectos ó nuestras virtudes propias.

Y por eso, en vano se trataría de buscar en este libro la profesion de fe religiosa ó política de Fernando Maximiliano. Su alma en esas páginas, es la corriente de un rio, que se tiñe con los colores del paisaje que le rodea, y que cambia á cada paso, reflejando así el cielo puro y sin celajes, como los negros nublados de la tempestad.

Creyérase ver en él, un severo católico de los tiempos primitivos, cuando describe con la unción de Chateaubriand el oficio divino celebrado bajo una humilde choza de la Albania, y tendriasele por poco respetuoso de las tradiciones católicas al burlarse de la «Casa de Pilatos,» edificada en Sevilla. Su odio al ateísmo, consignado

en tres ó cuatro de sus aforismos, se parece mas al deísmo práctico, que encuentra á Dios en el alma de la naturaleza, que á la ortodoxia católica que lo concentra todo en determinadas formas. Maximiliano, haciendo el resumen de su vida de viajero, y concentrando lo mas sublime de sus recuerdos, evoca la trinidad de su culto en esas magníficas descripciones, de una mañana en los Alpes, del medio dia en el paraíso de los trópicos, y de la tarde en el desierto, que termina con esta frase, que es la profesion de la fe del corazón que sabe orar y adorar: «El que ha recogido en su alma estos tres cuadros, está ya iniciado en el culto de la naturaleza, que le es no solamente permitido, sino absolutamente obligatorio.»

En otro orden de ideas, hállase también la misma exaltación que rompe la unidad del cuadro. Así en la ya por otros aplaudida descripción de la escalera de Caserta, en su visita al Sepulcro de los Reyes Católicos, en el pueril orgullo con que recibe como un regio homenaje la dedicación de un *toro* en las corridas de Sevilla, en el mohín infantil que le causa en las ruinas de Pompeya la poco galante avaricia de los escavadores, creeria verse al vástago de las nobles razas, con su indómita ambición, con su vano orgullo, con sus cóleras injustas, que se vengán, haciéndolos aparecer comunes y vulgares, en esos monumentos, que como á un libro de piedra, han guardado durante diez siglos las cenizas de un volcan.

Pero estos rasgos y algunos otros que de su género se encontrarán en la lectura de este libro, no son sino móviles reflejos del fondo de un cuadro pintado sobre cristales. La verdad está en esos otros pasajes en que

se duele, en las fábricas de Valencia, de ver el embrutecimiento á que arrastra al hombre en nuestros tiempos, el adelanto colosal de la mecánica. No es allí el hijo de los reyes, que quiere esclavos estúpidos y no hombres para vasallos; es el hombre á quien le lastiman y hieren la degradacion del hombre su hermano, y el envilecimiento del alma, atada al carro de esos déspotas de los tiempos modernos, que se llaman el lujo y la riqueza. La verdad está en las bellas páginas escritas en Bahía (San Salvador), en las que el alma se exhala en frases ardientes de indignacion contra la esclavitud, antítesis de la civilizacion cristiana, y que le hace exclamar con la amargura del sarcasmo, respondiendo á las razones de política, que en los países que se dicen civilizados, se enuncian para no destruir la esclavitud: «¡Para no turbar la pereza en que una casta de propietarios engorda vergonzosamente, se dice que es preciso que generaciones de seres infortunados se consuman bajo una odiosa tiranía; y eso, que esos seres, esos negros, son hombres y cristianos nacidos libres bajo la ley de Dios!»

Esas páginas sobre la esclavitud, escritas por Maximiliano en los límites del Sur del continente americano, en el año de 1860, tenían en esa fecha un grave interes de actualidad: si conocidas hubieran sido entónces, se les habria tenido por un saludo de simpatía á los mantenedores de esa gran lucha, á la que cerca del otro extremo del continente, se aprestaban los defensores de la libertad del hombre, que años mas tarde alcanzaron su última victoria en Richmond, y que han escrito en su gran Constitucion, el precepto que Maximiliano queria que fue-

se el fundamental de la del Brasil: «*Todos los hombres nacen libres en un pueblo libre.*»

Pero no era solo la esclavitud del negro la que repugnaba el alma entusiasta del autor de este libro. Volved algunas páginas más y oíidle: «En mi opinion, dice, todo está caduco en una sociedad en la que la violencia ha suprimido el contrato synallagmático de dos voluntades libres. Las instituciones que no tienen por base ese contrato, no pueden subsistir durante mucho tiempo, y traen consigo enfermedades y heridas que se agravan y enconan, consumiendo las fuerzas mas preciosas. La Europa sufre ciertos contratos que no han sido libremente consentidos y que mucho se parecen á una esclavitud moral, siendo causa de profundo malestar y origen de descontento. Verdad es que se han encontrado fórmulas legales que sufoquen las quejas, y se justifican tales contratos con la consideracion del bien general y de lo que se llama *la razon de Estado*....» Esos contratos son el del servicio militar y el proletariado de la fábrica. No queremos anticipar á nuestros lectores, ni desleir con largos comentarios la impresion que en ellos causen esas profundas observaciones, que parecen escritas por los que, como Rousseau, midieron la profundidad del desequilibrio social, desde el fondo del vaso en que hundidos soportaban la inmensa pesadumbre de sus aguas infectas. Maximiliano, colocado por la mano del destino sobre la superficie trasparente de ese vaso, lo sondeó desde allí; y príncipe-filósofo, simpatizó muchas veces, sin comprenderlo tal vez, con el ilustre filósofo de Ginebra, participando las más de los grandes errores de corazon y de

buena fe, que forman el lado vulnerable de los escritos de éste.

Más tarde, en la época de su vida en que creyó poder realizar sus bellas utopías, la desgraciada raza indígena y la clase proletaria recibieron muestras inequívocas de su ardiente deseo de emancipar á los oprimidos de sus opresores, y de hacer práctica y positiva la igualdad social, respetando en cada hombre los altos fueros que hacen hermano al rico del pobre; al que nació en la cuna de los hijos de los reyes, del que vió la luz en la choza de un jornalero. ¡Bellos ensueños que habia de venir á deshacer la mano ruda de la verdad práctica, que tremola aún en nuestro siglo la gran bandera de la heterogeneidad de las razas, y del sagrado derecho del origen!

Maximiliano, recorriendo los bosques vírgenes del Brasil, dábase el nombre de «Ciudadano del mundo;» y este cosmopolitismo, que le hacia repugnante la vigilancia de la policía que cuidaba de la caza, y los reglamentos que exigían permiso de las autoridades para usar armas en un país donde los bosques llegan á la puerta de las ciudades, forma uno de los rasgos característicos del hombre y su libro, y explican hechos que en otro podrían pintarse con los negros colores del crimen.

Pero, como una consecuencia lógica é indeclinable, al anatematizar la tiranía del hombre sobre el hombre, y con ella la esclavitud y el proletarismo; el gran principio de las viejas monarquías, el derecho divino y la gran personificación de los monarcas, resumida en la frase tradicional de Luis XIV, se desvanecen en las páginas de este libro, en las que aparece grave y severa la gran per-

sonalidad del pueblo, de quien el instinto se proclama como el guía, el interés como la ley, la voluntad como el dogma de las organizaciones políticas de los pueblos libres. Mas no de ese pueblo formado de minorías turbulentas, que aprovechan la pereza de las mayorías apáticas, sino de ese conjunto de libres voluntades, á las que cubre la égida sagrada de los derechos del hombre y de los fueros de la humanidad.

Tales son á nuestros ojos los rasgos prominentes en el orden moral y político de los Recuerdos de la vida de Maximiliano. ¿Fué en su libro invariablemente consecuente con esos principios? ¿Los admitió en todas sus consecuencias, que van hasta fundar el gran dogma de la escuela democrática? Han inventado los espíritus soñadores, un gran refugio á la falta de energía práctica, en las creencias y en los dogmas, y que se han creído, sin embargo, bastante fuertes para formar con él una escuela filosófica, una teoría política y un elemento moral. El eclecticismo, que permite ser deísta y panteísta y aun ateo, y á veces simple cristiano, y á medias católico; que dice siempre no es tiempo todavía, en las grandes reformas sociales; que reglamenta la prostitución, transige con el homicidio en el duelo, y excluye de los códigos penales todo lo que no hiere el interés social; el eclecticismo, al que combate frente á frente Maximiliano en este libro, es, sin embargo, el rasgo que resume en él su carácter: débil, proclamando energía; cosmopolita, halagando las tradiciones de cada pueblo; demócrata, soñando en un gran imperio; poeta, desconociendo las bellezas de la gruta de Pausilico; filósofo é historiador, permaneciendo in-

sensible en las ruinas de Pompeya, pero entusiasta admirador de las jóvenes de ojos negros y de las corridas de toros de Sevilla. Todo ello revela, que de príncipe ascendió á hombre, de hombre á poeta, de poeta á filósofo; que con su triple carácter, llevando con las debilidades de la humanidad las grandes virtudes de los corazones formados en la contemplacion de la naturaleza, quiso elevarse sobre su estirpe y sobre su época; y derretidas sus alas de Icaro, al cerrar este libro, despues del cual comenzó el drama terrible que selló con su sangre, podria escribirse en su última página, como el resumen del hombre y del libro: Imaginacion, sensibilidad, egoismo.... *Vanitas, memento mori*: frases repetidas en esos recuerdos, como una confesion, como una esperanza, y como un presentimiento, cada vez que el espíritu se concentraba en sí mismo.

Seria alargar demasiado este estudio, si hubiéramos de detallar en él el juicio que formamos del libro de Aforismos. Estos en su forma concisa, breve, y las mas veces profunda, pero sin ilacion, y destacados del cuadro de los sucesos que los inspiraron, no presentan sino aprehensiones aisladas, pero elocuentes, del espíritu observador de Maximiliano. Su originalidad consiste especialmente, en la personalidad del que los escribe, y bajo este punto de vista, cada uno de ellos justifica el juicio que del hombre y del libro hemos formado. Creemos, sin embargo, ver en esa parte de las obras de Maximiliano, más que un conjunto de verdades conquistadas para la enseñanza de la humanidad, reglas y observaciones que para guía de su conducta propia, escribia en su Libro de Memorias para

tenerlas á la vista y no olvidarlas en los negocios de la vida. ¡Cuántas olvidó y cuántas puso en práctica! ¡Cuántas contienen bajo una forma seductora para el corazon, un error que solo se hace perceptible en las horas del supremo infortunio; y cuántas contienen profundas verdades, que despues de este libro, las ha escrito la Historia con caracteres de sangre!

## IV

Desde este punto en adelante, nuestro estudio, para ser completo, debia llenar los vacíos que en este libro se encuentran, y que en parte se deben á las supresiones hechas en el original aleman por el traductor frances, en parte á las que el autor mismo hizo al comenzar la edicion de Leipsik, y en la mayor, á la falta completa de edicion del período corrido desde su salida de Miramar hasta su muerte. ¿Siguió escribiendo Maximiliano en México el diario de su vida? Creemos que sí; no obstante que para asegurarlo, ningun dato cierto tenemos los que estas líneas escribimos, que no estuvimos en contacto con el hombre á quien hemos aprendido á apreciar mas bien en su sepulcro que en el trono. Pero si de esos vacíos posible nos seria llenar el primero, como lo harémos tal vez mas tarde, cuando revisemos nuestra traducción teniendo á la vista el original aleman, no sucede lo mismo respecto de los demás, en que por razones fáciles de comprender, si podríamos ser traductores fieles, no seríamos jueces imparciales.

Tenemos, sin embargo, de ese último período, la primera y la última piedra. Lo abre la sentida poesía que nuestros lectores verán en la introducción de M. Gailard. Después de ella, sigue ese drama en que tanto figuran *los en cuyas venas circula champagne en vez de sangre*, y en el que se confunden graves errores é inmensos infortunios, odios, rencores, y el clamor de las pasiones que fermentan en nombre de la patria y de la justicia. Al último, como la postrer página del Libro de Memorias, como la suprema inspiración del corazón templado para altos hechos y más venturosos resultados, cierra el cuadro que nos propusimos trazar, el último escrito del autor de este libro; escrito que con mano segura, trazó momentos antes de emprender su postrer viaje al Cerro de las Campanas. Hé aquí esa última página:

«Sr. D. Benito Juárez.—Querétaro, Junio 19 de 1867.—  
Próximo á recibir la muerte, á consecuencia de haber querido hacer la prueba de si nuevas instituciones políticas lograban poner término á la sangrienta guerra civil que ha destrozado desde hace tantos años este desgraciado país, perderé con gusto mi vida, si su sacrificio puede contribuir á la paz y prosperidad de mi nueva patria. Íntimamente persuadido, de que nada sólido puede fundarse sobre un terreno empapado de sangre y agitado por violentas conmociones, yo conjuro á vd., de la manera más solemne, y con la sinceridad propia de los momentos en que me hallo, para que mi sangre sea la última que se derrame, y para que la misma perseverancia que me complacía en reconocer y estimar en medio de la prosperidad, con que ha defendido vd. la causa que acaba de triunfar, la consagre á la más noble tarea de reconciliar los ánimos, y de fundar de una manera estable y duradera la paz y tranquilidad de este país infortunado.—MAXIMILIANO.

## V


Después de las anteriores líneas, todo comentario, todo juicio nos está prohibido. Sobre ellas cayó un reguero de sangre que cubre todavía el epitafio indescifrable que la mano de Dios escribe sobre la tumba de los hombres que mueren á manos del hombre.... Meses después, el *Novara*, ese buque de feliz agüero para todo alemán, llevaba en su postrera travesía al viajero que en ese mismo buque emprendía, lleno de vida y de esperanza, la expedición, cuya historia ocupa las primeras hojas de este libro. Las aguas del olvido, fuente única de consuelo para los vivos, más rápidas que las del mar, alejan cada día el recuerdo del príncipe y del Emperador. Antes que el cadáver se disuelva, la memoria del hombre se habrá tal vez perdido. Pero en las páginas de este libro quedará de ella un monumento imperecedero, porque en él vivirá la voz del corazón del poeta, que repetirán con profundo respeto cuantos alienten algo de noble y de generoso en el suyo, cada vez que busquen á Dios en lo alto de la montaña al rayar la aurora, en el fondo de los bosques al mediar el día, en medio del desierto al declinar la tarde, y quieran unir sus acentos á ese sublime concierto de los bosques, con el que como un himno de alabanza y adoración, se confundió la sentida palabra de esa alma alemana, fundida por el sol ardiente de los trópicos.

Sacerdote del culto de la naturaleza, misionero de la

emancipacion de la humanidad, Maximiliano, como hombre y como poeta, dejó escrito su nombre en cada cuadro que describió, en cada corazon que supo apreciarlo. Las llanuras del mar, los bosques del Brasil no lo olvidarán jamás; mientras en el círculo de sus afecciones íntimas, quede solo su recuerdo, como la dolorosa manía de la desgraciada princesa, que durante tristes dias y largos años, ha esperado, y esperará en vano, en los desiertos salones de Miramar, la vuelta del compañero de sus sueños de gloria y de ambicion.

Ya no volverá al lado de la esposa, el esposo que duerme el sueño de la muerte en el último lecho en que reposan los Hapsburgo; pero su espíritu, hablando en este libro la lengua de Cervantes, como ha hablado ya la de Goethe, Moliere y Shakespeare, irá, con el habla de los hijos del Mediodía, á repetir á su oído los recuerdos de esa vida, que pasó en sus breves periodos, segun la expresion del Poeta del desierto, como pasan las aves, como pasan las nubes, como pasan las sombras.

*M. M. O. de Montellano.*



## MEMORIAS

DE

# MAXIMILIANO

